

La Despedida
O los Caminos de Santiago

Frans van den Broek Chávez

Schrijver: Frans van den Broek Chávez

ISBN: 9789402162394

I

Enfrente suyo, allí abajo, corría como un hilo el Marañón, una sinuosidad verde al fondo de las montañas, miles de metros debajo de donde contemplaba la inmensidad de la cordillera oriental, las nubes que se elevaban desde el profundo valle, el abismo que se abría bajo sus pies, el halcón que planeaba a su altura, en busca de alguna presa, como suspendido en el aire, en los pensamientos. ¿Qué he hecho de mi vida, Dios mío?, se dice Santiago, ¿qué ha sido de mi vida interior durante todo este tiempo? Si la conciencia es como un río, ¿qué ha navegado por el río de mi conciencia sino deshechos y árboles caídos y cadáveres y alimañas y hierbas desgajadas, como cuando está hinchado el Marañón, cuando se llena de barro e inunda los campos y se ahoga la gente en sus aguas turbidas? Es cierto, hubo remansos también, playas serenas, aguas límpidas y tranquilas a veces, pero han sido la excepción. Un río sin control, sin cauce, dejado de sí. Cuantas veces quise encauzar mi conciencia fracasé, arrastrado por la corriente agitada de los pensamientos, las emociones, una miríada de afectos encontrados. Un torrente neurótico también, lleno de remolinos absurdos. ¿Por qué este destino y no otro? ¿Qué habría podido hacer, si todo está decidido por alguna realidad superior, una ley natural, alguna divinidad, las pulsiones del inconsciente?

Santiago cogió una de las hormigas negras que deambulaban por entre las piedras de la cumbre que separa Celendín del Marañón, la dejó caminar en la palma de su mano, y luego la puso en otra piedra, pensando al instante que quizá habría cometido un error, la habría dejado en territorio enemigo, donde las hormigas rojas reinaban, y que quizá se engarzarían en una pelea a muerte, una muerte de las que Santiago jamás tendría noticia, ni noción alguna. Su propia vida terminaría de manera más simple, no con patas arrancadas de cuajo del armazón principal de un insecto, ni con venenos que le dejaran inmóvil por minutos u horas, en los que el enemigo le sorbería de a pocos, sino saltando desde el borde del abismo hasta que se despedazara entre las rocas de la ladera, una masa incómoda para los campesinos del valle de abajo, quienes quizá no acertarían a saber de dónde había salido aquel cadáver informe, rajado por todas partes, con ropas demasiado buenas para ser de uno de ellos, de modo que tendrían que informar a la policía, siempre con el temor de que los acusaran de asesinato, de transgresión de la barrera racial en un país de divisiones sociales de toda laya como el Perú.

Lo mejor era irse un poco más allá, donde el abismo caía en lo que parecía tierra despejada de habitación humana, un abismo puro y certero, en el que solo anidaban los halcones y los cernícalos, desde el que caería sin perturbar a nadie, lejos de la carretera que llevaba a Balsas o al pueblo de Utco, de donde venía su ama, la que le había dejado hacía tanto tiempo, a sus nueve años, pero a la que aún lloraba, lejos de los pensamientos que le ocluían el espíritu los últimos años, lejos incluso de la noción de persona, tantas eran las aristas y los recodos que le identificaban como a un ser humano, lejos del simple hecho de existir, de la luz y la sombra, las caricias y los castigos, la piel y el alma, lejos de todo, de una vez para siempre.

Lo consideró con objetividad que no se conocía desde hacía muchos años y pensó que era mejor, tendría que hacerlo un poco más allá, desde donde vivían las china lindas, los bellos halcones de los Andes, desde donde nadie pensaría que hubiera podido ocurrir algo así, no a esta hora del día, no en este día, que era de fiesta, de celebración. La Virgen del Carmen precedía las fiestas de julio, en las que se organizaban grandes bailes y ardían castillos con fuegos artificiales, pero a Santiago no le gustaban las fiestas, la timidez le había marrado siempre todo gozo. Y ya no disfrutaba con las corridas de toros, sobre todo con su muerte, el sacrificio de nobles animales, novillos de las jalcas, para la satisfacción de gentes que no se diferenciaban tanto de los que atendían los coliseos del imperio romano alentando a los gladiadores de Roma, gentes que se emborrachaban y meaban encima de sus congéneres y gritaban cuando un león destrozaba a un gladiador u otro gladiador le metía una espada en el cuello a otro, o cuando los tigres o leones que aparecían en la arena le desgarraban el torso a quien estuviera en la arena, un cristiano, un prisionero, un esclavo. Santiago concedía que el espectáculo no estaba desprovisto de belleza, pero en Celendín no era extraño que tuvieran que meterle la espada muchas veces al pobre animal, por la ineficacia de los toreros, por lo que el sufrimiento debía ser horrible y ya desde su primera juventud había empezado a sentir simple pena por los novillos sacrificados de aquella manera. Los seres humanos no habíamos salido de la barbarie, solo pretendíamos no acordarnos. Santiago recuerda a quienes se acercaban al toro después de muerto para beber su sangre, recogida en una taza, pues le atribuían propiedades curativas, afrodisíacas.

Más allá sería el lugar elegido para tirarse, acompañado de halcones y zorzales, le diría adiós a este hermoso y engañoso mundo, a una vida que no había sabido aprovechar y en la que en solo pocos momentos se había sentido verdaderamente feliz, en paz. Su mundo ya había muerto hacía tiempo, sus padres, sus tíos, muchos amigos, los campos donde soliera jugar de niño, el río en el que había nadado, el pueblo sereno y antiguo, todo ello había ya desaparecido, arrasado por el tiempo, por la modernidad, por el inevitable crecimiento de la población, la expansión de la tecnología. En Lima le quedaban pocos amigos, la mayoría se encontraba en el extranjero, la casa donde viviera y creciera ya no era la misma, flanqueada por un horrible edificio de veinte pisos de un lado y una construcción que se suponía sería una pollería del otro, veinte años ya a medio construir. En Europa conocía incluso a menos gente, todos ocupados con sus vidas, con hijos mayores, con nietos, con carreras que atender, éxitos que cosechar.

Se acordó de cuando venía al pueblo tranquilo de su madre a pasar las vacaciones, a caminar por el campo y los cerros, a escribir poesía al lado del río. Había sido el mejor estudiante de su promoción, ingresado a una de las mejores universidades de ciencias naturales del país, viajado a España para estudiar filosofía y ¿qué había logrado al final? Nada. Una promesa incumplida, el alumno inteligente y creativo deslizándose de manera sibilina a la apatía y la ociosidad, a la negligencia y el fracaso profesional. ¿Para qué tantos estudios, tanto esfuerzo, tanto dinero gastado por su familia? Para esto, para un mediodía de cielo eléctrico y profundo en el que decidiría tirarse al abismo, porque ya no soportaba más su derrota, la pérdida de todo lo que le había dado sentido a su vida, su fracaso en el amor, la pérdida de su hija de su lado, el paso del tiempo, la vejez cercana, la vergüenza. ¿Era allí que la vida se le había torcido, cuando cambió de estudios y se fue a estudiar un saber inútil como la filosofía? ¿Tendría que haber seguido su carrera de biólogo, haber tenido el coraje de estudiar algo que sabía no

correspondía del todo con sus deseos, pero que le hubiera asegurado una vida mejor, más aliviada? Siempre hubiera podido leer y escribir en su tiempo libre, pero se portó como un niño engreído, primando sus antojos a la realidad. Y ya era tarde, demasiado tarde para reparar lo irreparable, el indomable paso del tiempo, la decadencia que se anunciaba en cada célula de su cuerpo, en cada paso que daba, en cada expiración.

Subió la pequeña colina que le llevaba a la otra cumbre del gran cerro, desde donde se tiraría al abismo, y sintió el cansancio que le ralentizaba las piernas, la falta de aire, un ligero dolor de cabeza. El mal de altura, se dijo, el que había estudiado en detalle durante aquel curso de maestría de la universidad, en el cual él era el único hombre, rodeado de mujeres bellas a las que no se atrevía a hablar, una de las cuales era ahora la actual rectora de la universidad, alguien que había sabido encauzar su carrera de manera racional, sensata, no como él, que había dejado la ciencia en procura de estudios vanos, de una vida de aventura mediocre, lastrada por la estupidez y sobre todo por la neurosis. Una mujer hermosa, a la que podría haber amado, tal vez, que podría haberle amado a él. Pero las mujeres que le habían amado sufrieron siempre por su culpa, arrastradas por el barro de su conciencia y a menudo él las había dejado, les había causado dolor de modo insensato, irracional. Y cuando él las había amado de verdad, los últimos años, le dejaron con el alma rota, cansadas de su patético carácter, hartas de la naturaleza incomprensible de sus defectos del alma. ¿Quién sufría de celos por el pasado sexual en estos tiempos?

Cuánto le hubiera ayudado el que le diagnosticaran de manera correcta desde la primera vez en que buscó ayuda, neurosis obsesivo-compulsiva, del tipo que recurría al puro pensamiento, un arco fallido de la mente y las emociones, un circuito deletéreo en su cerebro, una rayadura, como decía el peruanismo tan acertado, que le impelía a repetir imágenes y palabras en su mente por horas y horas, consumiendo su energía y su vitalidad. Y las preguntas, y las acusaciones, y las peleas sin sentido, cómo ardían todavía en su memoria, cuánto hubiera querido saber detenerlo todo, el imperio absurdo de una mente trastocada que no le dejaba vivir en paz, como un ser humano normal. ¿Qué quisiste con esta tortura, Dios mío, qué tenía que haber aprendido?

Se acordó de cuando venía al cerro a atrapar arañas migala, aquellas arañas grandes, negras y peludas, que son más comunes en la selva, pero que, por alguna razón, habían subido al cerro y se habían adaptado a la vida en la altura, ocultas debajo de las piedras más grandes, en espera de la noche para cazar. Vio una piedra un poco más adelante, y la volteó, para ver si alguna migala anidaba debajo de ella, pero no, las migalas también se habían ido, temerosas de los seres humanos tal vez, los que habían venido a establecerse en la cumbre, una cumbre que había estado hasta hace poco casi vacía, salvo por una casa solitaria donde a veces, si tenían suerte, podían comprar gaseosas al llegar arriba tras la subida. Le vinieron lágrimas a los ojos, como solía pasarle últimamente cada vez que recordaba su despreocupada adolescencia, libre de neurosis, de dolor, de amores rotos. Le hubiera gustado ver una migala, pedirle perdón por las que había atrapado y matado, conservado en formol, disecado. Un gorrión pasó volando muy bajo, de un arbusto a otro. Quiso pedirle perdón también, acariciarlo y disculparse por todos los pájaros que había asesinado con su carabina de balines, por ninguna razón, simplemente por el placer de hacerlo, de matar, de sentirse cazador. Vanidad de vanidades, se dijo, todo es negra vanidad.

Llegó a la cumbre y puso al lado de una zarzamora su mochila, que contenía sus últimas palabras, dedicadas sobre todo a su hija, a quien adoraba, quien sería acaso la única persona que lloraría su muerte. Sus propios hermanos se habían vuelto en contra suya tras las peleas de la herencia, había perdido el contacto con todos sus amigos los últimos meses, preparándose para este momento, ya nadie sabía ni siquiera en dónde estaba. Alguien encontraría la mochila con la nota, pero se había encargado también de dejar una nota en la casa de Celendín, reposando encima de la chimenea. Seguro que el Gilberto la hallaría al limpiar de cuando en cuando la sala o en cuanto se enterara de su muerte. Alguien buscaría el punto desde donde aquel ciudadano se había tirado, la policía quizás, y hallaría la mochila con la nota. Le dio pena pensar en el efecto que tendría su muerte en su hija, pero la vida seguiría, ella tendría que buscar sus propios caminos, y le pidió a Dios que no fueran parecidos a los suyos, que le diera una mente libre, sin taras. Era un egoísta, sí, matarse era una cobardía, pero no sintió de nuevo que no podía hacer otra cosa. Cualquier alternativa le resultaba intolerable, seguir la farsa en que se había convertido su vida le resultaba absurdo, persistir en el error, insensato.

Se acercó al borde del abismo y miró al cielo. Siempre había amado el cielo de la sierra peruana, cuando uno estaba más cercano al sol, lejos de los marasmos de la costa y de la capital. Sintió que las piernas le flaqueaban por el temor a la muerte. Cuerpo de mierda, carajo, hasta el final seguía queriendo hacer lo que él no deseaba ni necesitaba, hasta el final su dictadura, su arbitrariedad. Se preparó a morir, a saltar al vacío. Entonces, sintió que flotaba, que los pies no tocaban ya la tierra, que el aire frío de la montaña no le movía el cabello ni fluía sobre su piel, que las entrañas se habían vuelto humo, transparencia. Justo en ese momento, cuando ya se arqueaba para saltar y había dejado de comunicarse con su cuerpo, sintió un jalón en el hombro, como una garra de animal apretándole antes de engullirle, un halcón, pensó como en un relámpago, una china linda que le había tomado por alimento, un león de montaña, una migala inmensa vengándose por sus hermanas, un gorrión pidiéndole cuentas de una vida sin sentido, y cayó a tierra, vuelto a la pesadez de la materia, la gravidez insulsa de sus huesos, la espesura radial que llamaba su cuerpo, su presencia en este mundo. Solo al desplomarse y caer sentado sobre la grama, al sentir que sus piernas no le respondían más, cuando los sentidos corporales empezaron a despertarse, se dio cuenta de que lo que le había cogido el hombro era una mano, una mano recia y punzante, una mano que tomó forma en su visión con callos y nudos, una mano que comenzó a hablar, primero como en la lejanía, y pronto como en un susurro cercano, como emergiendo de su yugular.

-¿Qué hace, patrón? ¿Qué es lo que pasa? ¿Se quiere tirar, papacito? No lo haga. Cálmese.

El diminutivo le quebró el alma a Santiago y se entregó al llanto, recordando a su familia serrana, quien siempre le hablaba de esa manera, papacito, Santiaguito, qué pues haces allí en el monte, añañau mi Santiaguito, todo el día por esos cerros, alalai, cómo no le da frío al papacito, levantándose de madrugada para subir a la montaña a buscar sus animales, no nos vayas a traer de nuevo una culebra, papacito, como la que se escapó y nos asustó en la noche, atataj, Santiaguito, qué cochinas has traído de La Fila, arañas, lagartijas, serpientes, no, pues, Santiaguito, deja esas alimañas en donde tienen que estar, en el cerro, en el campo, en el río, papacito, vuelve del cerro, Taguito, que va a llover, va a haber diluvio, como aquella vez en que los cielos se derrumbaron y

su madre se fue al cerro bajo la lluvia a buscarlo, gritando su nombre, clamando a los cielos que salvara a su hijo de la muerte en alguna quebrada, y cuando volvieron les sobaron la badana, les pegaron por haber estado fuera en día tan peligroso, por haberse quedado a jugar entre las piedras y los árboles y los ríos crecidos del invierno.

Santiago lloró por un tiempo y cuando amainó su llanto Santiago pudo ver que quien le había cogido el hombro e impedido que se tirara era un campesino, de poncho y ojotas, con una alforja al hombro, de edad media, y que le sonreía y le palmeaba la espalda, le acariciaba la cabeza, le sobaba el brazo, sin decir nada más, sin dejar de mirarlo a los ojos, sentado en el pasto como él. Santiago miró el abismo en el que había intentado tirarse, la inmensidad de la cordillera oriental, el río Marañón, y empezó a llorar de nuevo y siguió llorando un largo rato, de manera desesperada, como si no hubiera nadie alrededor y solo las montañas para escucharle y verle, como si el campesino fuera parte del universo natural, una aparición que se iría tras el llanto, como si fuera a llorar para siempre, por los siglos de los siglos, amén.

Cuando el llanto empezó a aminorar, se incorporó, mirando el horizonte. La mano del campesino se posó de nuevo en su hombro, esta vez con menos fuerza, como recordándole de su existencia tan solo. El campesino habló otra vez, muy bajo y despacio.

-No, papacito, no lo haga. No lo va a hacer, porque no es su tiempo todavía. Usted puede matarme ahora o darme un golpe y correr al abismo, y lograría lo que ha querido, pero no lo va a hacer, patrón. No lo puede hacer. No está escrito aún, pues. No es su tiempo. Aquí pues pasé yo, y le jodí el plan, patroncito. Eso quiere decir algo.

Al decirle esto, el campesino le miró a los ojos de manera directa y firme, no como suelen hacerlo los campesinos que conocía, mirando al suelo o a otra parte, solo a ratos cruzando su mirada con la del otro. Santiago pudo comprobar que tenía los ojos verdes, tal como es común en algunos habitantes de la zona, productos de un mestizaje más fervoroso quizá, si bien sus rasgos eran los de un indio, de un habitante original. Su mirada le pareció como un par de estacas de las que se sostenía su cuerpo, sus propias piernas le parecieron de mito mojado, de arcilla después de la lluvia.

-Llore nomás, si quiere, pues, patrón, que hace bien al alma. Pero rece al mismo tiempo, que solo llorar es como aguja sin hilo. No se puede coser un botón solo con aguja, ¿no es así?

Santiago balbuceó algo, sin saber qué decir. Poco a poco, recuperó la voz.

-Tienes razón, buen hombre, tienes razón –pudo decir Santiago, secándose las lágrimas y expulsando los mocos, que fueron a dar en el pasto. Pensó en que las arañas se los comerían, que las moscas los sorberían. Quiso ser mosca, araña.

-Nadie puede ser lo que no es, papacito. Nadie. Por eso, cálmese, tómese su tiempo y aquí me quedo para lo que se le ofrezca, patrón. Llore nomás, si quiere.

Santiago sintió que el campesino le estaba leyendo los pensamientos, que sabía de sus intenciones y motivos de alguna manera. Al incorporarse, le había cruzado la mente la idea de correr hacia el abismo y acabar con todo de una buena vez. Se había visto a sí mismo metiéndole un golpe al campesino, de modo que lo soltara, y así poder escapar

hacia su muerte. Se había visto volando como un águila, cayendo hacia las piedras que le despedazarían, sintiendo el viento en su rostro, en su cuerpo. Pero su voz se lo impedía, sus palabras se lo impidieron. Quiso entregarse al llanto otra vez, a la constatación de su vida fracasada y de su desolación, pero los ojos del campesino lo tenían clavado en la estaca de su resolución, en la certidumbre de un destino.

-Siéntese mejor, patrón. Mire la cordillera, que seguro que le ayuda a calmarse y a recapacitar.

Santiago asintió. La cordillera siempre le había llevado a otro reino de trascendencia y eternidad, donde las mezquindades de la vida cotidiana no llegaban, y siempre se había sentido bien entre montañas, mientras más solitarias mejor. Se acordó de una ocasión en que subía hacia la cumbre donde estaban y en que al lado del camino cantaba una niña campesina, cargando a su hermanita a la espalda, con una faja de colores vivos, y en que agradeció contemplar dicha escena de amor fraternal y ternura infantil, la que iría a añorar toda su vida. Los seres humanos eran también como el mundo a veces, paisajes de hermosura indefinible, o pantanos pútridos y hediondos, cordilleras infinitas o marasmos sin fin. Pero hasta el carbón se convierte en diamante si atraviesa el proceso adecuado, y pensaba que lo mismo podía pasar con los hombres, los cuales tras un camino arduo eran capaces de elevarse por encima de su pesadez vital y ascender a los cielos, a realidades transmundanas, diamantinas. ¿Cómo, sin embargo, lograr tales alturas, de qué manera podía alguien como él transmutar su conciencia hasta acceder a dichos órdenes de realidad? El destino no le había provisto del carácter necesario, de la salud mental suficiente, de las circunstancias favorables, pensaba.

-Papacito, no siga pensando demasiado. Solo mire esos cerros hermosos, déjese emborrachar de belleza, limpie sus ojos y su interior, pues –le dijo el campesino, de nuevo para su sorpresa. Se dio cuenta de que no le había ni siquiera preguntado su nombre, agradecido de que le hubiera salvado de la muerte.

-¿Cómo se llama usted, señor? ¿Es usted de por aquí?

El campesino sonrió, mostrando dientes espaciados, algo ennegrecidos por el café, pensó Santiago.

-Artemidoro –le respondió, siempre con una sonrisa-. Y no soy de por aquí, sino de más allá. De la vecindad de Leymebamba, patrón. Pasaba por aquí para traer unas cositas a vender y ver a algunas personas. Le había estado observando desde hacía un tiempo, papacito. Fui a buscar un poco de leña por esa colina, y le vi mirando el Marañón por largo tiempo. Nadie mira de esa forma si no quiere que el Marañón se lo lleve. Le vi caminar hacia la otra cumbre y pensé que usted necesitaba una mano en el hombro, patroncito. Que usted quería reunirse con nuestro Señor demasiado pronto. Todos tenemos nuestro tiempo, señor. Y querer adelantarlo es malo, caray. Hoy me tocó ser su mensajero, pues, papacito. Llevarle el mensaje que todos llevamos en el cuerpo al nacer, patrón, que hay que seguir e intentar hasta que nuestro Creador decida reclamarnos. Sentí que tenía que impedírselo, patrón, me disculpará.

A Santiago le vinieron de nuevo las lágrimas, los remordimientos. Así le habían hablado siempre sus familiares de la sierra, con la misma cadencia, los mismos diminutivos, parecida dulzura. Quiso decir algo, pero no pudo, las lágrimas se colaron entre sus

palabras, la respiración seguía normas que no conocía. Artemidoro, pensó, se parecía a su tío que había muerto en un accidente de carretera no muy lejos de allí, quien hacía bromas todo el tiempo, pasajero de una de aquellas camionetas que hacían la ruta desde la ceja de selva a Celendín, que se había despeñado hacia el abismo por una maniobra errada de la conductora, todos muertos, incluida su pequeña nieta, su mujer, los demás pasajeros.

-Me acuerdo de una vez que vi a un cholo trejo montado en una peña a la orilla del Marañón –siguió contando Artemidoro-, patroncito, mirando con la misma intensidad que usted tenía hace un rato pues, y lo observé un rato largo, mientras comía un mango, y me di cuenta de que no había nada que hacer, que el cholo se tiraría al Marañón, que le había llegado su hora, pues. Más tarde me dijeron que había sido un asesino que había matado a toda su familia y no podía con la culpa, que se emborrachaba a diario con lo que pudiera y amenazaba a quienes estuvieran alrededor, pero que la policía no lo sabía, pues habían acusado a otro. Mejor que se tirara, pues. Ya no tenía más que hacer en este mundo tan grande, demasiado grande para él. Al final del día, cuando yo ya me había ido, se tiró y se ahogó. Lo sacaron varios kilómetros más abajo, hinchado y picado por los peces. Pero eso era lo que tenía que ser, me digo. Pero usted, patrón, no, no era posible, me disculpará. Eso me lo dijeron los huesos, pues.

Santiago fijó de nuevo la mirada en una hormiga que se paseaba por sus zapatos. Comprados en Clarkes, en Ámsterdam, zapatos que habían estado en muchos lugares del mundo, a los que agradeció haberle llevado con tanto confort, tan poca molestia de las uñas comidas por los hongos. Una hormiga roja esta vez, enemiga de la otra que había transportado a una piedra lejana, quizá tan lejana, en el universo fórmico, como lo estaban el pueblo de su madre y la capital del Perú. ¿Cuál sería el alcance de su conciencia de hormiga, cuál el espectro de sus percepciones?

-Vamos, patrón. Venga conmigo, un poquito más allá, que quiero que converse con alguien que conozco, alguien que le puede ayudar. No vuelva todavía a su familia, porque si lo hace al poco tiempo estará de vuelta aquí, mirando el Marañón con los mismos ojos y entonces no habrá mano que le salve, pues. Venga, párese y camine conmigo, es aquí cerquita.

Santiago le miró mientras se levantaba, sin prisas, como acomodando cada una de sus coyunturas en un movimiento único y fluido. Él había subido a la cumbre con esfuerzo, deteniéndose a veces para recuperar el aire, comprobando la persistencia de dolores que había olvidado, jadeante e impelido solo por la necesidad de acabar con la pesadez de su vida material. Aquel hombre que le había salvado la vida, cuya edad bien podía ser la suya o veinte años superior, debía recorrer esas montañas de manera habitual, caminando por esos cerros, se imaginó, de lo contrario no le hubiera encontrado. Sintió vergüenza por su debilidad moral. Siguió a Artemidoro, subiendo lo que quedaba de la cuesta hasta la próxima cumbre, desde donde bajaron por un camino de herradura, perdiendo de vista la ciudad de Celendín y el río Marañón, y entraron en lo que parecía ser una quebrada, oculta por los arbustos y las zarzamoras, algo así como el lecho seco de un río antiguo, fresco y umbrío, que le recordaron la quebrada cercana al comienzo del camino a la Fila, adonde había ido de niño y de joven, donde casi habían cazado a una lechuza que dormía entre sus ramas, y donde había hecho el amor varias veces con

enamoradas de entonces, cuando nada era preocupación y todo promesa. Pero eso no era cierto, no todo era felicidad entonces, también le herían la mente y el cuerpo las obsesiones y los celos, el pasado sexual de sus parejas, la necesidad absurda de saberlo todo, la enfermedad psíquica que en aquel tiempo no reconocía como tal. Artemidoro le indicó que cruzara una piedra enorme que atravesaba la quebrada, siguiendo sus pasos para no caerse, treparon un poco por la ladera al otro lado y de pronto se hallaron enfrente de la boca de una cueva, como las que había cerca del pueblo, pero al parecer más profunda, más inquietante.

-Espere aquí, patrón –le dijo Artemidoro-. Voy a ver si la persona que busco está dentro.

Santiago quiso volver, trepar lo que había bajado y largarse a alguna playa desierta de la inmensa costa peruana, pero se dio cuenta de que eso era ya cada vez más difícil, que las playas solitarias en las que había gozado desde niño, pobladas de cangrejos, lobos de mar, gaviotas, algas y malaguas secándose al sol, estaban siendo convertidas en balnearios, urbanizaciones, lugares de fiestas, compradas por la burguesía peruana, ostentadas como posesiones que las apartaban de quienes no podían darse lujos de ese tipo.

El mundo, cuando niño y adolescente, le había parecido todavía un lugar misterioso e inexplorado, en el que aventureros podían descubrir cosas por vez primera y en el que uno podía exiliarse para siempre, como en los cuentos de hadas o en los relatos de los viajeros de antaño. Con sus amigos jugaban en ocasiones a mirar el mapamundi que su padre tenía en el bar de la casa y señalar lugares remotos, a los que irían alguna vez, en busca de lo ignoto. Ahora, solo unas décadas después, dichas ideas se habían hecho delusorias, pues el mundo había dejado de ser un lugar de misterio y exploración, vigilado en cada rincón por miles de satélites, explotado por innumerables industrias, cuarteado por leyes y prospectos ineluctables. No había lugar para el sueño y la imaginación, solo para el turismo y la desfloración de la naturaleza. Se sentó en una piedra cercana a la boca de la cueva y esperó.

Artemidoro volvió, con andar despacioso y alerta. Le puso la mano en el hombro y le habló.

-Señor, no me he molestado en preguntarle su nombre, para no importunar, pues. Pero la persona que quiero que hable está adentro y le va a preguntar cómo se llama. La conozco desde hace mucho tiempo, y es buena persona, no le va a hacer daño. Quizá se sorprenda de su apariencia, patrón, pero siéntese tranquilo, llévele un cuartito de aguardiente que tengo en mi alforja y espere a que hable. No tiene por qué hablar primero, solo siéntese y tranquilo nomás. Sienta el fresquito de la cueva, piense que está en una iglesia o algo así.

Santiago quiso objetar algo, sin saber exactamente qué, como si sintiera un tirón dentro que le impedía moverse. Supo, sin embargo, que dichas objeciones eran las que le habían llevado a este momento, a muchos momentos de su vida anterior, y consintió. Se puso de pie, se sacudió el pantalón y siguió a Artemidoro dentro de la cueva.

Las paredes estaban húmedas y parecían de arcilla, la misma con la que había jugado de niño, haciendo carritos, construyendo carreteras e imaginando como que viajaban de Lima a Celendín. Tocó la superficie mojada, sintió su consistencia pegajosa, su poca

fricción en los dedos. ¿Quién estaría esperándole en aquella humedad? ¿Viviría en esa cueva o solo estaría de paso? Cuando la oscuridad empezó a envolverle, tras torcer una esquina leve de la cueva, le habló una voz un tanto rasposa y calma, que Santiago imaginó similar al color de la arcilla, a la humedad de la cueva.

-Siéntate en ese poncho, allí, en la esquina.

A pesar de su tranquilidad, la voz sonó imperativa, sin resquicio para la disensión. Santiago se sentó en el poyo que le había señalado la voz, antes de percibir quien la había emitido. Cuando sus ojos se acostumbraron un poco más a la oscuridad, levantó la vista y la dirigió al fondo de la cueva, en la que una figura aparecía sentada, ensombrecida. Esforzó la vista y al final logró ver quién hablaba. Tardó unos segundos en reconocer a aquella persona, un rostro medio cubierto por las barbas y el pelo crecido, los ojos incisivos flanqueados por cejas abigarradas y ojeras profundas, el gesto serio, inamovible. ¿El loco Vera? ¿La misma persona que había visto desde su niñez deambulando de pueblo en pueblo, con ropas raídas, sin zapatos, con la mente ida y la mirada fija, de la que se decía que no atacaban las alimañas ni molestaban los espíritus, que dormía a la intemperie o en cuevas que encontraba en sus andares, a la que alimentaba la caridad de las personas o los insectos y carroñas que hallaba en la vastedad de la cordillera? ¿El loco Vera, al que los niños temían y los adultos llamaban para conversar y darle algo, que se sentaba a la puerta de las casas y hablaba con pausas largas y sonrisas incomprensibles, como rayos en medio de su seriedad, quien había sido profesor de religión del colegio Cortegana, hasta que, decían las lenguas del pueblo, se había dedicado a hacer magia negra y se le había aparecido el diablo en persona, razón por la cual había enloquecido y dejado el mundo de los hombres para vagar por las cordilleras, sin rumbo comprensible?

Santiago sintió un frío ínsito, que no provenía de la humedad o la oscuridad de la cueva, sino más bien de alguna distorsión del tiempo y la realidad, pues el loco Vera debía estar muerto hacía tiempo, dada la vida que llevaba y su enfermedad, contadas las décadas que separaban aquellos recuerdos de este momento inconcebible. Notó que solo algunas canas blanqueaban sus témporas. Era imposible, pero era real, como la piedra en la que estaba sentado, como Artemidoro, como la humedad que invadía sus pulmones.

-Veo que estás pensando demasiado. Lo entiendo. Pero te voy a pedir que no lo hagas, aunque sé que es imposible que detengas ese proceso del todo. El pensamiento se interpone entre la realidad y la persona que percibe. Lo que ves ahora mismo soy yo, el loco Vera, el que todos creían enajenado y perdido, y créeme si te digo que me acuerdo de ti, del único hijo de holandés en un pueblo de la sierra peruana del norte, mirándome a escondidas con curiosidad desde la puerta, queriendo saber cómo era este hombre del que decían que había enloquecido por tratos con el diablo. A tu miedo por mi persona le ganaba el interés por saber qué tipo de ser humano era un loco, ¿no es así? Tu padre era un hombre bueno que me dio unos soles alguna vez, cuando pasaba enfrente de tu casa. Yo lo bendije, a la manera que hacen los chalados y él se rio, con risa franca.

La mención de su padre, muerto cuando él todavía era joven, a quien había admirado y querido, pero también temido, desató sus emociones de nuevo y no pudo evitar el llanto. Mientras lloraba contempló la persona que tenía enfrente, desaliñada como la recordaba

hacía mucho tiempo atrás, sentada en una posición que le recordaba los textos budistas que había leído en su juventud, pero algo encorvada, como envejecida, pero firme. No sabía si creer que la persona que le había hablado era realmente el loco Vera o alguien que se le parecía y le estaba engañando. Volvió a mirar a Artemidoro, sentado detrás de él, quien pasaba unas cuentas que parecían ser un rosario y le sobrecogió la certeza de que era el loco Vera, el mismo que había visto de niño, el que solía sentarse en la casa del vecino Amadeo a hablar y tomarse un café, y comer algo. Tras arrojar sus mocos a un lado, se atrevió a hablar.

-Señor Vera, no sé qué está pasando, pero le recuerdo como si fuera ayer. Usted pasaba a veces enfrente de mi casa, que era la última del pueblo en aquel entonces, recordará, y los adultos nos decían que nos metiéramos adentro, que pasaba el loco Vera, quien no estaba bien y podía ser peligroso. Pero jamás me lo creí del todo. Veía cómo mi vecino hablaba con usted y usted con su cara seria y parca, y hubiera querido estar allí, pero no podía. ¿Cómo es posible que usted esté todavía vivo y que me hable de esta manera? ¿Estoy volviéndome loco yo también, señor?

Vera cambió de posición, liberó sus piernas, que habían estado cruzadas y habló.

-Mira, Santiago. ¿No te molestará que te llame por tu nombre de pila, no es así? Me acuerdo de tu casa, una casa bonita al borde del pueblo, construida por tu padre con amor y dedicación, el producto de toda su vida de trabajo, su orgullo y su logro vital. No sabes lo mucho que eso significa en la vida de los hombres y es comprensible. Allí te vi muchas veces cuando pasaba en mis andanzas y supe por comentarios de la gente con la que conversaba que tu padre era una persona de éxito, un holandés emigrado a Perú, que había conseguido buenos puestos de trabajo, a pesar de muchas contrariedades. A eso es a lo que tienes que referirte en la vida de tu familia, lo demás no tiene importancia. Quiero decir, a lo que hicieron con intención guiada por el amor y el deseo de superación. Como lo hizo tu madre también. Sí, ya lo sé, eres de las personas que consideran estas cosas meros clichés y cojudeces de gente simple. Permíteme decirte que la única persona simple y cojuda en tu vida eres tú. Hasta que no comprendas esta verdad elemental no irás a ninguna parte. O mejor dicho, irás al borde del abismo, como me cuenta aquí mi hermano Artemidoro.

Santiago sintió escalofríos. El loco Vera hablando de esa manera, en total disparidad con la que le había escuchado hacía tantos años atrás, a retazos, a veces en monosílabos, mirando a otra parte, comiendo de lo que le daban los del pueblo. Sintió vergüenza también, como siempre. La culpa y la vergüenza, pensó, le acompañarían siempre.

-Artemidoro –siguió hablando Vera- pasó por allí porque Dios lo determinó, Santiago. Al universo le importa un carajo que tú te mates o que te metas un cuete o una dinamita en el culo y dejes de existir. Pero tienes una responsabilidad frente a Dios y tú Le has fallado hoy. ¿Qué es lo que querías conseguir? ¿Obliterar toda una vida de falta de atención, de desidia, de ociosidad? Eso nunca se cambia, Santiago, aunque te mates. Seguirá por los siglos de los siglos, hasta el día del juicio final. Lo único que puedes hacer es tratar de cambiar tu conciencia en el ahora, desde hoy, desde el momento en que Artemidoro, Dios mediante, te cogió del hombro y te hizo venir aquí.

Santiago sintió que se le congelaba la lengua. La irrealidad de la situación se sobreponía al testimonio de sus sentidos. ¿Después de tantos años, de haber tratado de matarse, le estaba hablando alguien a quien había considerado un enajenado, alguien perdido para la sociedad y el universo? No podía ser cierto, si es que había algo cierto en todo esto. Quizá ya se había tirado al vacío y esta escena era nada más que el preámbulo para el olvido final, algo que añoró nuevamente con intensidad que le hirió.

-No, Santiago, no hay olvido final –le dijo el loco Vera, adivinando sus pensamientos, leyéndoselos, para más desconcierto de Santiago-. El único olvido final es haberse diluido en la Mente de Dios, pero esa forma de olvido es más bien la forma más perfecta de recuerdo. Eso no lo entenderás ahora, pero espero que al menos lo tengas en cuenta en lo que tienes que hacer de ahora en adelante –concluyó Vera, con una expresión en la que Santiago quiso ver una sonrisa, una leve elevación de la comisura. También podía significar desprecio, desdén.

-Señor –dijo Santiago-, creo que sé a lo que se refiere usted, pero comprenda mi situación. Hace unas horas quise tirarme al abismo, porque mi vida me parece un fracaso, una pérdida de tiempo, una promesa fallida, una existencia en la que debiera haberme esforzado más para ayudar a mi familia y a mí mismo, pero no fue así y el tiempo pasó y al final me encontré con un trabajo anodino, un sueldo que no me permite pagar mis deudas, las que he adquirido de puro imbécil, me veo inútil, carente de creatividad, por simple envejecimiento, viviendo en una soledad que no supe cambiar, aunque tuve amores y personas a mi lado que se decepcionaron de mi persona y me dejaron, y aquí estoy, presa de una confusión que no me deja ni siquiera cuando me siento en un parque a reposar y mirar las nubes pasar o cuando veo las montañas que han sido la expresión más cercana a la trascendencia que este mundo material ha podido ofrecerme. Por eso quise tirarme contemplándolas, llevándome al más allá la imagen de la cordillera, del Marañón, del cielo intenso de la sierra. Se me escurrió la vida, don Vera, sin que me diera cuenta, o mejor dicho, dándome cuenta pero sin la voluntad como para hacer algo al respecto, como uno de esos troncos que se lleva el Marañón, que no saben dónde acabarán, flotando y hundiéndose, sin final claro.

El loco Vera, que se había inclinado para coger un pedazo de pan que debía tener en alguna esquina de su rincón, empezó a reírse, sin tapujos ni conveniencias de cortesía. Santiago pudo ver que incluso sus pies se estremecían con la risa, lo que le hizo sentirse ofendido y presto a salir de allí y retomar sus intenciones de hacía unas horas. ¿Quién era este loco de hacía décadas para juzgar sobre su vida? La risa duró por un tiempo que a Santiago le pareció demasiado largo.

-Santiago –empezó a hablar el loco Vera, después de secarse los ojos de las lágrimas-. Déjame que te diga una cosa, lo que tienes que escuchar, aunque no fuera más que por el respeto que nos deben a los locos en toda sociedad. Eres un huevonazo de tipo superior. Quiero decir, hay todo tipo de huevones, pero tu tipo es el mejor, pues ni siquiera se da cuenta de que es una cojudez del tamaño del Huascarán y de que cualquier cosa que digas es simple cojudez. La vida no se trata de eso, de lo que mencionas. Es cierto que esas cosas, trabajo, familia, prestigio, posición, afectan nuestra mente y nuestras emociones, pero ¿has pensado alguna vez que los pensamientos y las emociones no son lo único que constituye nuestra vida interior? Hay algo mucho más

allá, Santiago, pero idiotas como tú no tienen ni idea de qué se trata, por más libros que hayan leído. Como leí en un autor que a ti podría no decirte nada, un burro cargado de libros, sigue siendo un burro.

Santiago no supo qué contestar, pues no sabía a qué se refería Vera. ¿Había algo más que la razón, en su sentido amplio, y las emociones, tal cual las experimentábamos en la vida diaria? Algo había leído sobre misticismo o espiritualidad, había agotado libros enteros de filosofía, había visitado los clásicos literarios, pero siempre se le presentaban el intelecto y la emoción, la razón y los sentimientos como los ámbitos de operación de la vida psíquica, uno más que el otro, en distinta primacía o preferencia. ¿Se refería a la intuición, a alguna forma de percepción privilegiada, distinta? ¿Y qué hacía escuchando discursos del Loco Vera? ¿Cómo era esto posible?

-Pero... cómo...-titubeó Santiago-. ¿Cómo es posible? ¿Usted estaba...?

-¿Loco? Sí, seguro. Como lo está cualquiera que no se comporta como lo exigen las normas de la cultura en la que vive. Además, es verdad que me hacía el loco, pero con un propósito, que el señor, de tan culto, no sería capaz de entender –dijo Vera, soltando una carcajada que retumbó en la cueva. Artemidoro le siguió en la risa, palmeándose los muslos.

Santiago se sintió ridículo, embargado por aquella vergüenza que era su compañera desde la primera niñez. Se acordó cómo se burlaban de él en el colegio, por su carácter apocado, su timidez. El doctor Chiappo le había dicho alguna vez que tenía problemas con las figuras paternas y he aquí que el loco Vera le estaba resonando como un padre, como si él fuera un niño, cogido haciendo una travesura, una estupidez.

-¿Has leído, Santiago, entre todas tus lecturas, el Tao Te King? –siguió diciendo Vera.

¿Cómo sabía que Santiago había dedicado buena parte de su vida a leer? No habían sido conocidos o personas en estado de comunicación. Solo lo había visto de lejos, caminar por aquí o por allá, musitando incoherencias. Hasta donde podía recordar, el loco Vera había desaparecido hacía muchos años. Jamás preguntó qué había sido de él, pues lo supuso muerto, perdido en alguna montaña, su cuerpo comido por los gallinazos. ¿Tendría familia? Al parecer, según habían contado, su familia se había desentendido de él, convencidos de que su locura era una maldición demoníaca, producto de los pecados de generaciones en una familia de propietarios de tierras, donde varios patriarcas se habían dedicado a inseminar a sus sirvientes y abusar de sus peones. Además, se decía que el loco Vera se había entregado a cultos satánicos que le habían quitado la razón.

-Sí, don Vera. Mucho tiempo atrás, cuando tenía 18 o 19 años, una traducción de Onorio Ferrero, editada en el Perú en los setenta, si mal no recuerdo.

-Te he preguntado si lo has leído, no que me des una referencia bibliográfica del libro, carajo.

Vera y Artemidoro se rieron de nuevo, con ganas que empezaron a contagiar a Santiago. ¿Quién era Vera, cómo era posible que se le viera casi igual que como lo recordaba décadas atrás?

-Pues si has leído la traducción del venerable Ferrero, te acordarás de algo, espero. ¿O es como todos esos libros que has leído, sin asimilar una mierda, y sin valor para tu vida? –dijo Vera, mirando a Artemidoro con una sonrisa malévola-. En aquel libro se encuentra la explicación de mi locura. Si quieres saber por qué, hasta donde puedes entender, decidí hacerme el loco, tienes que releer ese libro, aunque me imagino que ya habrás perdido la frescura juvenil de la mente y tendrás el coco lleno de basura, por lo que poco podrá hacer para iluminar semejante desván –dijo Vera, de nuevo riendo con placer que a Santiago le pareció como saliendo de una fuente de agua de montaña, prístino y calmado-. Allí se dice que el sabio tiene que parecer un idiota para el mundo, por la sencilla razón de que necesita que lo dejen en paz para seguir el camino del Tao. Llámalo como quieras, Tao, Dharma, Via Crucis, Maratón de espíritus. El caso es que en ciertas ocasiones, y solo en ciertas ocasiones, quien desea progresar espiritualmente tiene que asumir dicho camino y modificar sus apariencias, siempre bajo supervisión y con una función definida, de lo contrario es pura cobardía o egocentrismo, aislándose para no esforzarse de veras. Hay quienes tienen que hacer precisamente lo contrario, formar parte del mundo y sumergirse en sus tráfigos y designios, sin confundirse con ellos. A mí me tocó, en la segunda parte de mi vida, después de haber trabajado como profesor, hacer lo primero, y creo que lo hice con convicción y denuedo. No fue decisión mía, tomada desde mi pobre subjetividad, sino que fue un mandato. ¿Un mandato de quién, te preguntarás, pensando tal vez que eso significaba renunciar a mi libertad de conciencia, seguir las órdenes de algún huevonazo que se la daba de profeta? Pues bien, no. Es comprensible que la gente lo piense, ya que no conocen otra cosa, acostumbrados como están a la recompensa o el castigo, nada más. Pero de momento baste decir que lo que hice fue el acto de libertad más sublime que pude emprender en mi ya larga vida y que seguí algo así como lo que llaman el Tao, de lo que no tienes ni puta idea, por supuesto. No estamos solos, Santiago, jamás lo estamos, y tu acto de hacer unas horas demuestra que no comprendes esta sencilla verdad en lo más mínimo, así que por ahora no intentaré hacértela comprender. Volveremos a encontrarnos quizá más tarde, pero ahora te voy a mandar aquí con mi compadre Artemidoro, a quien el destino envió para detenerte, a un viajecito aqúicito nomás, como dicen por aquí, unas cuantas montañitas más allá para que se te refresque la jodida cabeza que tienes. Nadie te va a extrañar, despreocúpate. Y si lo hacen, en buena hora, eso significa que alguien todavía se preocupa por ti.

Vera soltó otra risa, que reverberó en las paredes de la cueva e hirió los oídos de Santiago, que de súbito se habían vuelto muy sensibles. Oyó cómo crujían los guijarros cuando Vera se levantó para despedirle, los roces del poncho de Artemidoro, los sonidos de sus propias articulaciones al levantarse. Vera le dio un abrazo fuerte e imperioso, y pudo sentir el olor de su piel, del sudor, de las telas húmedas de su ropa. ¿Quién era este hombre, al que había desahuciado para el mundo hacía tanto tiempo? Sintió de pronto, al abrazarle, que no tenía otra opción más que hacer lo que le había dicho el loco Vera, irse con Artemidoro adonde éste quisiera llevarle, dejar su vida tal como la había conocido hasta entonces, tirarse al abismo de una decisión irracional y aceptar lo que viniera. Artemidoro salió primero de la cueva, después de despedirse de Vera, con quien parecía estar en términos de familiaridad habitual. Un movimiento ligero de cabeza les bastó para decirse adiós. Cuando Santiago salió a la luz se preguntó dónde estaría la cumbre desde la que había querido lanzarse. Desde donde estaban no

podía verse o no la reconocía. Siempre era así, se dijo. Una cuestión de perspectiva. La muerte le esperaba en aquella cumbre y la había eludido sin querer. Aquí, más cerca del Marañón, no sabía lo que le esperaba, solo que tenía que seguir a Artemidoro, fuera donde fuere.

II

Caminaron por varias horas, subiendo y bajando montañas. Hablaron poco durante el camino, que les exigía todo el aire que pudieran utilizar, y solo se detuvieron una vez, para contemplar un pequeño lago de sierra, al que acudían a beber los venados al atardecer, y para tomar alimentos, unas cecinas que Artemidoro guardaba como fiambre, sazoadas con ají y hierbas. Santiago amaba el picante y la cecina, y disfrutó en silencio de esa comida simple, cuyo origen debía remontarse a los inicios de la humanidad, carne seca y salada, que aportaba la energía necesaria para seguir caminando. En todo ese tiempo siguió los pasos de Artemidoro con acuidad obsesiva, temeroso de caer y de perderse en algún abismo. Dicho esfuerzo le produjo un estado mental que había olvidado, el que causa la concentración sostenida y dinámica, la que se usa para ejecutar tareas que requieren atención y precisión. Pero a la necesidad práctica, Artemidoro había añadido un requisito extraño, que le había causado perplejidad: debía mantenerse a no más de un metro de distancia y dar gracias a los cerros cada vez que sintiera que perdía el equilibrio y se recuperaba, y no perder de vista sus talones, de piel reseca y resquebrajada. Solo así llegarían a su destino sin problemas. No debía consentir, le había dicho Artemidoro, que ningún pensamiento obstruyera su atención, que tenía que ser impecable.

Santiago trastabilló varias veces, se rasgó la rodilla al caer sobre una piedra de aristas hirientes, perdió de vista los pasos de Artemidoro en muchas ocasiones, pero siempre se había recuperado, siguiéndole por caminos que le parecieron inconcebibles, apenas dibujados en las laderas de las montañas. No se cruzaron con nadie durante todo el trayecto, que duró el día entero, y al anochecer, Artemidoro le dijo que pasarían la noche allí, en lo que parecía ser una pequeña meseta, desde donde podía contemplarse la inmensa cordillera en todas las direcciones. Santiago se sintió exhausto e incapaz de hilar pensamientos, y menos aún de hablar. El que habló antes de dormir, en una pequeña choza que parecía servir de refugio a quienes cuidaban del ganado, fue Artemidoro, impermeable al cansancio.

-¿Sabe por dónde hemos caminado, patrón? Me alegro que me haya podido seguir, pues. No pensé que llegaríamos hasta aquí.

Santiago se echó sobre el suelo duro de las cumbres y miró el cielo por la puerta de la choza, en el que empezaban a asomarse las estrellas, tenues e infinitas.

-No me llames patrón, Artemidoro, no lo soy, no soy tu patrón. Nunca he querido ser patrón de nadie. Muchos de la clase social de donde vengo lo han sido, y su comportamiento me ha resultado repugnante siempre, por racista, arrogante, abusivo. Es una de las cosas de las que he querido huir toda la vida, los valores de mi clase, sus

ideas, su comportamiento. El Perú es un país cruel, Artemidoro, un país de racismo y de divisiones sociales, de violencia, de injusticia. ¿No te pasó nada durante la época del terrorismo, pudiste evitar toda esa tragedia?

Habló con su último aire y cerró los ojos. Pudo escuchar la respuesta de Artemidoro, sin embargo, como llegándole desde la cumbre de un cerro lejano, como vocalizada por los duendes de los que le contaban historias cuando niño.

-Ya lo sé, patrón, no se preocupe. No le voy a llamar patrón más. Pero a mi gente nos resulta difícil dirigirnos a alguien de la capital sin usar estas palabras, de puro respeto. Es una cuestión de costumbre nada más. Los tiempos están cambiando y no nos latigean más en las haciendas, como lo hacían con mis padres o mis abuelos. Ya no hay haciendas como antaño, pues, don Santiago, donde los peones eran como esclavos, aunque hay gente que abusa igual, con las minas y lo del petróleo y la plata que corre y corrompe los corazones, qué se le va a hacer. A nosotros no nos tocó sufrir tanto como a la gente del sur con lo del terrorismo, pero tuvimos que protegernos, que organizarnos. Y después de todo, ¿a quién le interesaban unos indios más allá del Marañón? Ni a la policía o al ejército, ni a los terrucos. Lo mejor es ser nadie, a veces, don Santiago. Como dijo don Vera, hacerse el idiota puede ser a veces la mejor manera de ser libre.

Santiago quiso responder que a muchos que se consideraban nadie esta actitud les había costado la vida, arrasados por acontecimientos que ni siquiera comprendían y que a menudo era imposible retraerse del decurso de la historia general del territorio en el que uno tenía la mala suerte de habitar. Pero no pudo hacer acopio de energía para hablar, para responder. Artemidoro siguió hablando, no obstante.

-Eso es un poco lo que don Vera quiso decirle hace unas horas, don Santiago. Sí, es cierto que nada asegura que el mundo no se entrometa en nuestras vidas de mala manera, señor, pero al menos uno puede intentar hacerse el invisible, como un árbol o una montaña. Pero ¿qué pasa cuando el árbol tiene caucho o la montaña tiene oro, don Santiago? Los cortan y tasajean, no los dejan en paz, se convierten en objeto de codicia, de envidia. Árbol inútil, montaña árida, no atraen la atención. Creo que eso fue lo que pasó con nosotros en mi pueblo. Nadie se dio cuenta de que estábamos allí, gracias a Dios, perdidos en medio de nada, pues.

Otras ideas acudieron a la mente de Santiago, acerca de la responsabilidad política, de la imposibilidad de evadir la situación social, pero no pudo expresarlas, no solo por el cansancio que le vencía, sino porque, por razones que desconocía, dichas ideas le vinieron desprovistas de la urgencia de antes, de la sustancia que les daba cabida en su juicio.

-Eso no quiere decir, don Santiago, que si los militares o los terrucos hubieran llegado a perturbar nuestras vidas, no habríamos hecho nada, no, señor –siguió hablando Artemidoro, mientras sacaba unas viandas de su alforja, que parecía contener mucho más de lo que admitía su espacio real-. Cuando las cosas se tienen que hacer, pues tienen que hacerse, y hay que hacerlas como si fuera lo último que uno hace, don Santiago. Estoy seguro que usted ha hecho cosas así cuando la vida se lo exigió, aunque no se recuerde.